

MASSIMO MODONESI

Pasividad y subalternidad. Sobre el concepto de revolución pasiva de Antonio Gramsci

“¿Tiene un significado «actual» la concepción de revolución pasiva? ¿Estamos ante un periodo de «restauración-revolución» que se ha de establecer permanentemente, organizar ideológicamente, exaltar líricamente?”

Antonio Gramsci

En este artículo pretendo esbozar una línea de lectura centrada en el concepto gramsciano de *revolución pasiva* – y sus correlatos de *cesarismo* y *transformismo* – para afilar herramientas teóricas capaces de identificar y caracterizar una serie de procesos y proyectos de desmovilización que, con frecuencia, se implementan y despliegan desde arriba, en antítesis respecto a las dinámicas antagonistas y autonómicas que activan y retroalimentan de los procesos de subjetivación política. Procesos y proyectos que, si bien no alcanzan a ser propiamente de des-subjetivación, ya que el sujeto permanece – anclado a la resistencia –, impulsan y operan una (*re*) *subalternización*, pues tienden a desactivar, desmovilizar y *pasivizar*, reduciendo los márgenes de antagonismo y de autonomía. Como lo veremos se trata de procesos reactivos, reaccionarios, que surgen en respuesta, como contratendencia y antítesis, al surgimiento de movimientos antagonistas en el seno de las clases subalternas. Frente a la emergencia del principio antagonista se eleva siempre la contratendencia hacia la subalternidad porque como lo señalaba Antonio Gramsci: “Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, aun cuando se rebelan e insurgen” (Gramsci, 2000: Tomo 6, 182).

La primacía genealógica del principio antagonista es una clave de lectura de la lógica y las formas de la revolución pasiva, sus orígenes, sus objetivos y su desarrollo y, viceversa, la revolución pasiva permite

apreciar los límites del antagonismo y su posible extravío en los laberintos de la subalternidad.

El potencial del concepto de *revolución pasiva* en relación con el análisis histórico ha sido confirmado por las múltiples y diversas aplicaciones que se han dado y se siguen dando en el terreno historiográfico. Más problemático es su uso como clave de lectura de fenómenos en curso, en los escenarios abiertos del tiempo presente. Sin embargo, asumiendo que una revolución pasiva es un proceso pero también y simultáneamente un proyecto, es posible y pertinente colocar el análisis en el presente y no solo retrospectivamente hacia el pasado. Una revolución pasiva – y la tensión y la combinación entre elementos progresivos y regresivos que la caracteriza – puede ser reconocida coyunturalmente, como valoración puntual que permite distinguir y caracterizar los proyectos políticos en curso, y no solo *a posteriori* y retrospectivamente, bajo el prisma historiográfico.¹

En consecuencia, la conveniencia de pulir el arsenal conceptual gramsciano se centra aquí no tanto en la necesidad de restituirle filológicamente claridad sino de darle filo analítico de cara a la comprensión de una serie de fenómenos y procesos políticos del pasado y del presente. Con y más allá de Gramsci, podemos partir de la textualidad del surgimiento y de la forja del concepto de *revolución pasiva* para movernos hacia una construcción categorial de mayor amplitud, en un ejercicio metateórico que refuerce y habilite el uso de la categoría así como su aplicación al análisis de procesos contemporáneos.

Para avanzar en esta dirección, quiero exponer dos tesis estrechamente articuladas entre sí. La primera sostiene que, a la hora del análisis e interpretación del concepto de *revolución pasiva*, la dimensión o, mejor dicho, el criterio de la *pasividad* es crucial – ya que expresa la atención y preocupación de Gramsci por la subalternidad – y no ha sido suficientemente reconocido y destacado. La segunda afirma que, asumiendo que la noción de *progreso* de Gramsci tiene una pendiente política y subjetiva, es posible y pertinente aplicar la distinción progresivo-regresivo – que éste utilizó para diferenciar a los tipos de *cesarismos* – para discernir entre revoluciones pasivas de distinta orientación.

¹ Luisa Mangoni sostiene que Gramsci apuntaba en esta dirección: “ya no revolución pasiva solo como modelo de interpretación histórica, y tampoco solo como criterio general de ciencia política, sino como instrumento de comprensión de procesos en acto” (Mangoni 1987: 579).



Dicho de otra manera, sostengo una lectura subjetivista del concepto de *revolución pasiva*, en donde la pasividad, entendida como elemento y factor de subalternidad, adquiere peso y centralidad en la configuración y alcance del concepto y, al mismo tiempo, sirve como clave de lectura de la articulación con los dispositivos correlatos del *transformismo* y el *cesarismo*, abriendo la puerta a la posible distinción entre revoluciones pasivas progresivas y regresivas.

Coordenadas del concepto de revolución pasiva

El concepto de *revolución pasiva* avanzado por Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel* ha sido objeto de diversos estudios específicos que sopesan y resaltan su valor y alcance al interior del andamiaje conceptual gramsciano y su aplicación interpretativa a la historia del *Risorgimento* italiano (Voza, 2004; Mena, 2011; De Felice, 1988, Thomas, 2009).

Asumiendo las aportaciones de estos estudios, me interesa ver en qué medida es posible sintetizar – a partir de las notas de los *Cuadernos* en las cuales aparece – los elementos constitutivos de la categoría de *revolución pasiva* con vistas a delimitar un concepto operativo de alcance general, suficientemente preciso y elástico para ser aplicado a procesos históricos de distintas épocas, incluyendo la actual.

La posibilidad de la aplicación de este concepto a nuestra época se sostiene en la extensión de la ampliación progresiva del uso de la noción que traza el propio Gramsci a lo largo de los *Cuadernos*. En efecto la idea de *revolución pasiva* – prestada de la obra del historiador Vincenzo Cuoco – es rastreada y usada por Gramsci en primera instancia para formular una lectura crítica de un pasaje fundamental de la historia italiana: el *Risorgimento* (Gramsci, 1981-1999: C 4, §57, 216-217, tomo 2). Posteriormente Gramsci la utiliza como clave de lectura de toda la época de “reacción-superación” de la revolución francesa, es decir de reacción conservadora en clave anti-jacobina y anti-napoleónica (Gramsci, 1981-1999: C 1, §150, 189, tomo 1). La historia de Europa del siglo XIX le aparecerá entonces como una época de revolución pasiva (Gramsci, 1981-1999: C 10, parte I, 114, tomo 4). Finalmente – y no por casualidad ya que es obvia la analogía que lo inspi-



ra – esta extensión del concepto se verterá en la época de Gramsci y la idea de *revolución pasiva* será aplicada al fascismo italiano y al *New deal* estadounidense para identificarlos como reacciones y respuestas a la oleada revolucionaria desencadenada por el octubre bolchevique, cuando en dos lugares lejanos con regímenes políticos tan disímiles se da un empuje modernizador con rasgos similares – vía el corporativismo fascista y el industrialismo fordista – orientados a una racionalización de la economía y la sociedad, por medio de la intervención estatal, en específico la planificación (Gramsci, 1981-1999: C 8, §236, 344, tomo 3).

En este traslado a otro tiempo histórico el concepto alcanza el nivel, a decir del propio autor, de criterio de interpretación “de toda época compleja de cambios históricos” (Gramsci, 1981-1999: C 15, §62, 236, tomo 5).

Asumiendo la intención de Gramsci, partimos del potencial generalizador del concepto, de su posible ampliación teórica ya ensayada por el mismo autor.

Veamos, después de haber apostado a su elasticidad analítica e interpretativa, cuáles son sus coordenadas constitutivas tal y como fueron apareciendo en los *Cuadernos*.

La primera vez que la expresión “revolución pasiva” aparece es como sinónimo de “revolución sin revolución” (Gramsci, 1981-1999: C 1, §44, 106, tomo 1)² lo cual define de entrada, con toda claridad, el punto de ambigüedad y contradicción que constituye el meollo del concepto y de su alcance descriptivo-analítico. En efecto, la noción de *revolución pasiva* busca dar cuenta de una combinación – desigual y dialéctica – de dos tensiones, tendencias o momentos: restauración y renovación, preservación y transformación o, como señala el propio Gramsci, “conservación-innovación” (Gramsci, 1981-1999: C 8, §39, 238, tomo 3). Es importante reconocer aquí dos niveles de lectura: en el primero se reconoce la coexistencia o simultaneidad de ambas tendencias, lo cual no excluye que, en un segundo plano, pueda distinguirse una que se vuelve determinante y caracteriza el proceso o ciclo. En efecto, Gramsci

² En el C 1, &44 Gramsci habla de “revolución sin revolución”, solo posteriormente agregará “o de revolución pasiva”. Será solo hasta el C 4, &57 donde el concepto aparece con una explícita referencia a Cuoco.



pone explícitamente en clave dialéctica la caracterización de las revoluciones pasivas.³

Lo que Gramsci nombra como *revolución pasiva* remite a un fenómeno histórico relativamente frecuente y característico de una época – el siglo XIX – que se presta para ser clave de lectura de otra época en la cual los factores parecen engarzarse de forma similar – los años 20 y 30 del siglo XX.

En un pasaje crucial de los *Cuadernos*, Gramsci enuncia sus elementos fundamentales:

Tanto la «revolución-restauración» de Quinet como la «revolución pasiva» de Cuoco expresarán el hecho histórico de la falta de iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia italiana, y el hecho de que el progreso tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares como «restauraciones» que acogen cierta parte de las exigencias populares, o sea «restauraciones progresistas» o «revoluciones-restauraciones» o también «revoluciones pasivas» (Gramsci, 1981-1999: C 8, §25, 231, tomo 3, texto A 10, §41, 205, tomo 4, texto C).⁴

Las equivalencias pueden ser leídas, más que como sinónimos, como importantes matices de distinción en la medida en que introducen otro concepto antitético al de *revolución* como es el de *restauración* y otro criterio diferenciador como es el de *progresividad* que volveremos a encontrar, en forma mucho más evidente y determinante, cuando Gramsci trata de definir la idea de *cesarismo*. En todo caso, más allá de esta aproximación por sinónimos y equivalencia, Gramsci se

³ “Se dirá que no fue comprendido tampoco por Gioberti y los teóricos de la revolución pasiva y la “revolución-restauración”, pero la cuestión cambia: en éstos la “incompresión” teórica era la expresión práctica de las necesidades de la “tesis” de desarrollarse enteramente, hasta el punto de llegar a incorporar una parte de la antítesis misma, para no dejarse “superar”, o sea que en la oposición dialéctica sólo la tesis, en realidad, desarrolla todas sus posibilidades de lucha hasta ganarse a los que se dicen representantes de la antítesis: precisamente en esto consiste la revolución pasiva o revolución-restauración” (Gramsci, 1981-1999: C 15, &11, 188, tomo 5).

⁴ La segunda redacción – texto C según la tipología de Gerratana – es la siguiente: “Hay que ver si la fórmula de Quinet puede ser aproximada a la de revolución pasiva de Cuoco; ambas expresan seguramente el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria en el desarrollo de la historia italiana y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con «restauraciones» que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo. Por la tanto «restauraciones progresivas» o «revoluciones-restauraciones» o incluso «revoluciones pasivas»”(Gramsci, 1981-1999: C 10, §41, 205, tomo 4, texto C).



queda finalmente con la fórmula de *revolución pasiva* porque expresa con mayor claridad el sentido de lo que quiere señalar. Escoge *revolución* como sustantivo – con toda la carga polémica que implica la elección de esta palabra y asumiendo una versión amplia, descriptiva y no político-ideológica del concepto – y *pasiva* como adjetivo para distinguir claramente esta específica modalidad de *revolución*, no caracterizada por un eficaz movimiento subversivo (antagonista) de las clases subalternas sino, por el contrario, como contramovimiento de las clases dominantes que impulsa un conjunto de transformaciones objetivas que marcan una discontinuidad significativa y cambios importantes pero limitados y orientados estratégicamente a garantizar la estabilidad de las relaciones fundamentales de dominación.

Modernización conservadora

La caracterización del sustantivo *revolución* se refiere, en efecto, fundamentalmente al contenido y el alcance de la transformación como se infiere de la fórmula “*revolución sin revolución*” que Gramsci asume como equivalente a la de *revolución pasiva*: transformación revolucionaria sin irrupción revolucionaria, sin revolución social, sin protagonismo de las clases subalternas, sin antagonismo. El *quid* del contenido revolucionario y/o restaurador de las revoluciones pasivas remite sustancialmente a la combinación de dosis de renovación y de conservación y da cuenta de la pendiente más estructural de la fórmula y de la caracterización de los fenómenos históricos: los contenidos de clase de las acciones políticas emprendidas por las clases dominantes. ¿En qué medida reproducen o restauran el orden existente o lo modifican para preservarlo? ¿En qué medida “acogen cierta parte de las exigencias populares”? ¿Cuántas y cuáles partes? Finalmente, anticipando una cuestión que desarrollaremos más adelante: ¿Qué tan progresivas o regresivas son estas acciones?

Las variaciones posibles son múltiples pero acotadas por dos puntos límites: la *revolución pasiva* no es una revolución radical – al estilo jacobino o bolchevique – y la *restauración* no es una *restauración total*, un restablecimiento pleno del *statu quo ante*. Escribe Gramsci: se trata de ver si en la dialéctica «*revolución-restauración*» es el elemento *revolución* o el *restauración* el que prevalece, porque es cierto



que en el movimiento histórico no se vuelve nunca atrás y no existen restauraciones *in toto* (Gramsci, 1981-1999: C 9, §133, 102, tomo 5).

Aunque el concepto de *revolución pasiva* remite al análisis de una resolución política en el ámbito superestructural, es explícita – en los casos del fascismo y del fordismo – la referencia a una consolidación capitalista por medio de la intervención estatal en la vida económica en función anti-cíclica. En este sentido cabe toda la extensión bicéfala de la expresión “formas de gobierno de las masas y gobierno de la economía” usada por Gramsci para referirse al estatismo propio de una época de revolución pasiva – un Estado ampliado que incluye a la sociedad civil y pretende controlar las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas mediante la planificación –, lo cual, dicho sea de paso, podría aludir también a problemáticas propias de la URSS de aquellos años.⁵

De hecho, la intervención estatal se asume como un elemento de progresividad, orientado hacia la planificación “en sentido integral”, al acento en la “socialización y cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose solo a regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia.”⁶

La revolución pasiva se verificaría en el hecho de transformar la estructura económica “reformistamente” de individualista a economía planificada (economía dirigida) y el advenimiento de una “economía media” entre la individualista pura y la planificada en sentido integral, permitiría el paso a formas políticas y culturales más avanzadas sin cataclismos radicales y destructivos en forma exterminadora” (C 8, &236, 344, Tomo 3).

En el terreno estructural, el alcance revolucionario se asocia con la modernización operada desde el Estado, se mide en términos de proceso de reformas y de proyectos reformistas, limitado por la “dialécti-

⁵ En un sentido positivo, cuando se refiere al principio de “planificación” como realización de una plena racionalidad. Si el caso de la URSS podía ser pensado como *revolución pasiva* por parte de Gramsci es objeto de controversia y de interpretación ya que no existen referencias literales que lo avalen.

⁶ “La hipótesis ideológica podría ser presentada en estos términos: se tendría una revolución pasiva en el hecho de que por la intervención legislativa del Estado y a través de la organización corporativa, en la estructura económica del país serían introducidas modificaciones más o menos profundas para acentuar el elemento «plan de producción», esto es, sería acentuada la socialización y cooperación de la producción sin por ello tocar (o limitándose sólo regular y controlar) la apropiación individual y de grupo de la ganancia” (Gramsci, 1981-1999: C 10, &9, 129, tomo 4).



ca entre conservación e innovación” (C 10, &41, 205, tomo 4) que solo alcanzan a operar transformaciones por un proceso de “corrosión reformista” (C 10, &9, 129, tomo 4).

Con relación a su dinámica y su forma política, la *modernización conservadora* implícita en toda *revolución pasiva*, señala Gramsci, es conducida desde arriba. El *arriba* remite tanto al nivel subjetivo de la iniciativa de las clases dominantes como a su ejercicio instrumental, por medio de las instituciones estatales, ya que el lugar o el momento estatal aparece crucial a nivel táctico para compensar la debilidad relativa de las clases dominantes las cuales recurren, por lo tanto, a una serie de medidas “defensivas” que incluyen una combinación de coerción y consenso. Entre paréntesis, se podría argumentar, apuntando hacia una distinción entre revoluciones pasivas regresivas y progresivas que nos ocupará más adelante, con más uso de la coerción que del consenso, más dictadura que hegemonía, con relación al fascismo y, viceversa, en el *New Deal*. Es evidente que si Gramsci está forjando un concepto original y textualmente lo compone de los términos de *revolución* y de *pasividad* hay que deducir que no quiso destacar ningún rasgo dictatorial ni particularmente coercitivo en tanto tiende a reconocer o destacar la legitimación del proceso, sus rasgos hegemónicos, aun cuando pone en duda su alcance hegemónico, en los casos del fascismo y del *New Deal*, dudando de la capacidad de estos proyectos políticos de “hacer época”. En todo caso parece apuntar hacia la constitución de un formato de dominación basado en la capacidad de promover reformas conservadoras maquilladas de transformaciones “revolucionarias” – una modernización conservadora – y de sostener un consenso pasivo de las clases subalternas.

La cuestión de la *progresividad* queda, en primera instancia, esbozada en estos términos estructurales, relativos a la caracterización del sustantivo *revolución* pero, al mismo tiempo, se ancla directamente en la lucha política, a la correlación de fuerzas y a la iniciativa de las clases dominantes, ya que, dice Gramsci, “el progreso tendría lugar como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico e inorgánico de las masas populares” (Gramsci, 1981-1999: C 8, §25, 231, tomo 3).



Pasividad y subalternidad

Una vez establecido el punto del contenido ambiguo y contradictorio del proceso en el nivel estructural y de la identificación del Estado como el ámbito superestructural por medio del que se impulsa el proceso, hay que señalar que en el concepto gramsciano está claramente y *principalmente* colocado el tema de la *forma* revolucionaria, lo cual implica directamente la cuestión de la subjetividad, de la subversión como acto y de la tensión entre subordinación e in-subordinación de las clases subalternas en el proceso histórico en términos de procesos de subjetivación, movilización y acción política. A esto apunta la idea de *pasividad* aludiendo a la subordinación de las clases subalternas y su contraparte, la iniciativa de las clases dominantes y su capacidad de reformar las estructuras y las relaciones de dominación para apuntalar la continuidad de un orden jerárquico.

En este sentido, se trata de una fórmula que no solo rebasa la dicotomía revolución-conservación, sino que además introduce la idea anti-economicista y anticatastrofista de que las clases dominantes pueden resolver situaciones de crisis, que tienen márgenes de acción política para poder reconfigurar la hegemonía perdida.

En el Cuaderno 15 Gramsci pone en relación el concepto de *revolución pasiva* con el de *guerra de posiciones* hasta sugerir una eventual “identificación” – lo cual nos lleva a pensarla como una forma específica de construcción de hegemonía – y dice que:

Se puede aplicar al concepto de revolución pasiva (y se puede documentar en el *Risorgimento*) el criterio interpretativo de la modificaciones moleculares que en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y por lo tanto se vuelven matrices de nuevas modificaciones (Gramsci, 1981-1999, C 15, §11, 187-188, tomo 5).

En este sentido, toda revolución pasiva es la expresión histórica de determinadas correlaciones de fuerza y, al mismo tiempo, un factor de modificación de las mismas.

La revolución pasiva es siempre un movimiento de reacción desde arriba, de “contragolpe”, lo cual implica – subordina y subsume – la existencia de una acción previa desde abajo sin que esto necesariamente desemboque en la simplificación dicotómica revolución-contra-revolución, siendo los dos polos planteados por Gramsci mucho más matizados en tanto que relacionados dialécticamente.

Esta tensión dialéctica entre aspecto pasivo y aspecto activo es, por lo demás, evidente ya que Gramsci pensaba la revolución pasiva



desde el paradigma de la revolución activa o de una “anti-revolución pasiva”⁷, así como pensaba la guerra de posiciones de cara al paradigma de la *guerra de movimiento* y la *revolución permanente*⁸, así que lo que no hay que perder de vista es que la concepción, escribe Gramsci:

sigue siendo dialéctica, es decir presupone, mejor dicho postula como necesaria, una antítesis vigorosa [para evitar] “peligros de derrotismo histórico, o sea de indiferentismo, porque el planteamiento general del problema puede hacer creer en un fatalismo (Gramsci, 1981-1999 C 15, §62, 236, tomo 5).

El adjetivo *pasiva* es descriptivo en cuanto a la forma que adquiere el proceso pero también prescriptivo, acorde con la finalidad conservadora que mueve las revoluciones pasivas, tanto en relación con la ausencia de acción y la finalidad de un proyecto de pasivización como en cuanto condición *sine qua non* para evitar una revolución activa, una revolución *con* revolución.

Esto corresponde al interés de Gramsci por la pasividad relativa de las clases subalternas en la época de la movilización y politización posterior a la primera guerra mundial, en particular su atención en la contradicción entre la activación antagonista de las masas y su posterior reconducción a la pasividad relativa y la subalternidad en los años 30.

Gramsci no define explícitamente en sus Cuadernos la noción de *pasividad* sino que, de forma más difusa y dispersa, reflexiona sobre la tensión-contradicción entre aspectos activos y pasivos en el marco de la condición de *subalternidad*. En efecto, Gramsci reconoce las acciones esporádicas e inorgánicas de los subalternos y en la revolución pasiva señala la falta de acción autónoma de los subalternos. En esta dirección, la revolución pasiva puede ser entendida, en términos gramscianos, como una revolución subalterna o, mejor dicho, subalternizante, de reconducción hacia la condición de subalterno, de re-subalternización. Si bien los términos no refieren a situaciones idénticas, hay que considerar que la subalternidad incluye una dimensión y un aspecto pasivo, de aceptación relativa de la condición de subordina-

⁷ Cfr. Christine Buci-Glucksmann, “State, transition and passive revolution” in *Gramsci and Marxist theory*, Routledge & Kegan, London-Boston, 1979, p. 228.

⁸ Y, aun cuando señalaba la época clave de la relación entre guerra de movimiento y revolución pasiva no descartaba el regreso a una época donde el paradigma volviera a ser el de guerra de movimiento: “¿O existe al menos o puede concebirse todo un periodo histórico en el que los dos conceptos se deban identificar, hasta el punto en que la guerra de posiciones vuelve a convertirse en guerra de maniobras? (Gramsci 1981-1999: C 15, &11, 187, tomo 5).



ción y otra activa, ligada a la acción de resistencia. Existe una tendencia hacia la pasividad que coabita con tendencias hacia la acción, hacia el antagonismo y la autonomía. (Modonesi, 2010: 37-39). En este sentido, la evocación de la pasividad remite a la pendiente pasiva de la noción de subalternidad, un aspecto que, dicho sea de paso, se vincula al punto de partida etimológico del concepto, que expresa la subordinación, el a-sujetamiento, aunque haya sido enriquecido de propiedades subjetivas activas desde Gramsci en adelante, al punto de convertirse, para algunas corrientes – que denomino subalternistas (Modonesi 2010: 39), en un concepto que expresa un sujeto en acción, es decir, el sujeto que resiste.

Por otra parte, es evidente que se trata de una pasividad *relativa* o, si se prefiere *predominante*, ya que podemos convenir que no existe pasividad absoluta, siempre hay elementos que operan a contratendencia y, además, que las revoluciones pasivas no dejan de buscar y obtener ciertos niveles de “consenso activo” y no solo pasivo. En efecto, puede existir una actividad subalterna distinta a la resistencia, generada desde arriba, para generar “consenso activo” o, para usar términos no gramscianos, movilización controlada, con el correspondiente – limitado pero no irrelevante – impacto experiencial en clave de subjetivación ya que implica niveles y grados de activación subalterna

Con todas estas salvedades, leer el adjetivo *pasiva* a la luz de la caracterización de lo subalterno por parte de Gramsci permite atribuirle valor y peso en la definición de la noción de *revolución pasiva*. En efecto, a pesar de que no haya sido objeto de igual atención por parte del propio Gramsci como tampoco de los posteriores estudios gramscianos, consideramos que el adjetivo *pasiva* tiene igual importancia – y merece igual atención – que el sustantivo *revolución*.

En relación con la génesis de la revolución pasiva, como vimos, Gramsci anota que se trata de reacciones de las clases dominantes al “subversivismo esporádico, elemental e inorgánico de las masas populares” que “acogen cierta parte de las exigencias populares”. En el inicio del proceso está entonces una acción desde abajo – aunque sea limitada y no unitaria – la derrota de un intento revolucionario o, en un sentido más preciso, de un acto fallido, de la incapacidad de las clases subalternas de impulsar o sostener un proyecto revolucionario (*jacobino* o *típico* o *desde abajo* según los énfasis que encontramos en distintos



pasajes de los *Cuadernos*) pero capaces de esbozar o amagar un movimiento que resulta amenazante o que aparentemente pone en discusión el orden jerárquico. En efecto, si bien el empuje desde abajo no es suficiente para una ruptura revolucionaria, alcanza para provocar u obligar a una reacción y para imponer – por vía indirecta – ciertos cambios substanciales – además de otros aparentes – en tanto algunas o partes de las demandas son incorporadas y satisfechas desde arriba.

En un libro reciente, Alberto Burgio se pregunta por qué Gramsci llamó *revoluciones* a lo que habría que considerar, desde la misma lógica gramsciana, simples procesos reaccionarios de estabilización cuando solo las revoluciones pasivas decimonónicas, a diferencia de las del siglo XX⁹, fueron “verdaderas” revoluciones, por cuanto realizaban una transición histórica (Burgio 2014: 259 y 266).

El mismo Burgio se responde aduciendo que Gramsci asoció los procesos en función del rasgo común de pasividad por encima de las diferencias. En esto coincidiría salvo que, inmediatamente después, sostiene que es “mucho más relevante” el otro interrogativo, el de la diferencia de los efectos macrohistóricos de procesos similares (Burgio 2014: 261). En este sentido, Burgio señala una contradicción en el pensamiento de Gramsci indicando en la pasividad el criterio general que, al reunir fenómenos disímiles, los confunde, dejando al descubierto el problema central, que se sitúa en el otro lado de la formulación, en la noción de revolución. Sostengo, por el contrario, que el vaso queda medio vacío por la otra mitad, que el aspecto potencialmente más sólido, estable y contundente de la definición es, en efecto, el de la elección del criterio de la *pasividad* pero que, a diferencia de la cuestión de la *revolución*, Gramsci no lo desarrolla a suficiencia, desequilibrando la definición del concepto y las interpretaciones que del mismo se dieron.

Si seguimos estrictamente la pista de la definición de *revolución pasiva* podemos convenir con Burgio que el adjetivo *pasiva* se debe al hecho de que este tipo de revolución es “padecida por los sujetos que en línea de principio deberían actuarla, y dirigida por aquello que debería adversarla” (Burgio 2014: 248). Para Burgio pasividad es sinónimo,

⁹ Caracterizadas por un serie de elementos que el autor deriva de las reflexiones de Gramsci sobre el cesarismo: equivalencia de fuerzas, contraste irreductible entre capital y trabajo, asedio recíproco, enfrentamiento totalitario y catastrófico e intento de contener la crisis orgánica.



en la obra de Gramsci, de “atraso y debilidad”, de lo cual se deriva una ineficacia en el terreno macrohistórico (Burgio 2014: 254).

Sin embargo, como ya lo hemos señalado, es evidente que en Gramsci la cuestión de la pasividad no se reduce a un análisis político-estratégico sobre la dirección de la revolución – aunque la incluya – sino que remite – en última instancia – a la profundidad político-cultural de la relación mando-obediencia, a la dimensión hegemónica en toda su complejidad, a la correlación de fuerzas como lucha de clases, como dinámica intersubjetiva de implicaciones societales. Si bien Gramsci no se detuvo en definir explícitamente el principio de pasividad, como señalamos anteriormente, éste se asocia, se trenza y se deriva lógicamente de la noción de *subalterno* que el marxista sardo va desarrollando en paralelo, sin entrecruzarla explícitamente.

Y en efecto, agrega acertadamente Burgio que “el dato determinante es la carencia de conflictualidad” (Burgio 2014: 251). Pero no la simple conflictualidad táctica y estratégica de la teoría de juegos sino aquella que es habitada subjetivamente, la conflictualidad como polo activo, como indicador de activación, de procesos de subjetivación política, aunque fueran éstos relegados en la subalternidad, en los estrechos márgenes resistenciales propios de la subordinación.

Esta dimensión subjetiva es un dato en relación con el análisis de la coyuntura pero adquiere el estatus de una construcción histórico política en la temporalidad más amplia en la cual se insertan los fenómenos de revolución pasiva.

El análisis de Burgio queda atrapado en el corto y mediano plazo cuando señala que a Gramsci “el rasgo que más le interesa es la responsabilidad de las fuerzas de oposición” (Burgio 2014: 261), en particular las direcciones políticas y sindicales socialistas reformistas, la debilidad que permite a las clases dominantes seguir dirigiendo los procesos. Sin duda Gramsci refiere a la “inmadurez de las fuerzas progresivas” (Gramsci 1981-1999: C 13, &23) y manifiesta su crítica respecto de los grupos dirigentes pero, al mismo tiempo, su idea de debilidad, al ser justamente macrohistórica, está ligada a la subalternidad, al fondo del asunto, al trazo más amplio de los procesos históricos a través de los cuales se forjan y se confrontan entre sí las subjetividades socio-políticas.

Por otra parte, al margen de la polémica con Burgio, hay que problematizar la cuestión de la pasividad de las masas. ¿Es sólo causa o también consecuencia de las revoluciones pasivas?



Como ya mencioné, Gramsci dedica más tinta a reflexionar sobre el alcance y los límites del carácter revolucionario que sobre las formas de pasivización que acompañan, producen y reproducen la subalternidad, siendo funcionales a la reconfiguración de la hegemonía. Así, desde un seguimiento textual, no resalta la idea de pasividad como resultado, como producto histórico específico, de la revolución pasiva.

Al mismo tiempo, es evidente en la lógica política y en el razonamiento de Gramsci que las revoluciones pasivas buscan evitar que las masas sean, sigan siendo activas y se vuelvan protagonistas, que las concesiones sirven para producir pasividad, que el resultado *conservador* se logra gracias a la pasividad como condición que acompaña el proceso y sanciona su éxito político. Éste es, en efecto, el objetivo en el origen de las revoluciones pasivas entendidas como procesos pero también como *proyectos* de pasivización y de subalternización.¹⁰ Así, el proyecto-programa de la revolución pasiva se realiza como proceso logrando desactivar, pasivizar y subalternizar.

Mientras que la actividad de las masas o la amenaza de ella¹¹ es siempre la causa que impulsa la revolución pasiva, también es necesario cierto grado de pasividad (subalternidad) que impida la realización de una revolución *activa* y habilite el camino para la *pasiva*, la cual se presenta como proyecto y proceso de pasivización, siempre relativa pero predominante, aunque incorpore eventualmente formas de movilización controlada. La pasividad-pasivización es, por lo tanto, el objetivo fundamental del proyecto, la causa y la condición para la realización del proceso y su consecuencia más relevante en términos de la modificación de la correlación de fuerzas en favor de las clases dominantes, que es finalmente el resultado deseado y alcanzado por medio de los proyectos-procesos de revolución pasiva.

¹⁰ Gramsci aclara que la idea de revolución pasiva es, para el marxismo, “un criterio o canon de interpretación” y no un programa como lo sería para la burguesía (y para su intelectuales, Benedetto Croce *in primis*). En este sentido reconoce explícitamente su dimensión proyectual.

¹¹ Considerando que una crisis orgánica puede también tener causales internas a la dominación burguesa.



Dispositivos de pasivización: cesarismo y transformismo

Podemos reforzar esta primera conceptualización de la pasividad como criterio definitorio de las revoluciones pasivas a través de las categorías de *transformismo* y de *cesarismo* en cuanto asumimos que son dispositivos que las viabilizan, mecanismos por lo tanto también de los procesos de pasivización que acompañan y caracterizan a toda revolución pasiva.

Estos conceptos han sido analizados mucho menos que el de *revolución pasiva* (Liguori y Voza, 2009: 123-125 y 860-862, Burgio 2014). Esto debido a que son menos recurrentes a lo largo de los *Cuadernos*, a que tienen un peso teórico o interpretativo menor y á que, como se argumentará más adelante, son subsidiarios respecto al primero en el sentido de que Gramsci no les otorga el estatus de “canon interpretativo”.

La categoría de *revolución pasiva* parece, en efecto, de orden general respecto a mecanismos más particulares o específicos como el *transformismo* y el *cesarismo* (Burgio, 2007, 82). Ambos dispositivos son, a mi parecer, subsidiarios del proceso general de revolución pasiva ya que operativizan, es decir vuelven operativas, tanto la pendiente revolucionaria como su contraparte de pasividad.

Existe un vasto consenso en asumir que la noción de *transformismo* complementa el andamiaje teórico de la noción de *revolución pasiva* por cuanto ambos conceptos surgen y son utilizados por Gramsci para entender el *Risorgimento* italiano. Por medio del neologismo de *transformismo*, Gramsci designa un proceso de deslizamiento “molecular” que lleva al fortalecimiento del campo de las clases dominantes a través de un paulatino drenaje (absorción) por medio de la cooptación o por el tránsito voluntario de fuerzas del campo de las clases subalternas o, si se quiere, viceversa, un debilitamiento del campo subalterno por medio del abandono o traición de sectores que *transforman* oportunistamente sus convicciones políticas y cambian de bando.¹² El

¹² Veamos el pasaje más significativo a este respecto de los *Cuadernos*: “Puede incluso decirse que toda la vida estatal desde 1848 en adelante está caracterizada por el transformismo, o sea por la elaboración de clase dirigente cada vez más numerosa en los cuadros establecidos por los moderados después de 1848 y la caída de las utopías neoguelfas y federalistas, con la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos en su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados e incluso de los adversarios y que parecían irreconciliablemen-



transformismo aparece entonces como una forma¹³, un dispositivo vinculado a la revolución pasiva en la medida en que modifica la correlación de fuerzas en forma molecular drenando – por medio de la cooperación o el tránsito voluntario – fuerzas y poder hacia un proyecto de dominación en aras de garantizar la pasividad y de promover la desmovilización de las clases subalternas. Toda revolución pasiva se apoya en un proceso transformista, aunque no todo transformismo corresponde a una revolución pasiva.

Más problemática y, por lo mismo, más fecunda es la asociación entre el concepto de *revolución pasiva* y el de *cesarismo*.

Por medio de la noción de *cesarismo*, sin separarla de la de *bonapartismo*¹⁴, Gramsci amplía de hecho su acepción corriente al introducir un matiz importante por medio de la distinción explícita entre modalidades *progresivas* y *regresivas*. Gramsci asume – siguiendo las intuiciones de Marx – que frente a un “empate catastrófico” el cesarismo ofrece una “solución arbitral” ligada a una “gran personalidad heroica” pero sugiere que esta salida transitoria no “tiene siempre el mismo sentido histórico”.

Es progresivo el cesarismo cuando su intervención ayuda a la fuerza progresiva a triunfar aunque sea con ciertos compromisos y atem-

te enemigos. En este sentido la dirección política se volvió un aspecto de la función de dominio, en cuanto que la absorción de las élites de los grupos enemigos conduce a la decapitación de éstos y a su aniquilamiento por un periodo a menudo muy largo. De la política de los moderados resulta claro que puede y debe haber una actividad hegemónica incluso antes de la llegada al poder y que no hay que contar sólo con la fuerza material que el poder da para ejercer una dirección eficaz: precisamente la brillante solución de estos problemas hizo posible el *Risorgimento* en las formas y los límites en la cual se efectuó, sin «Terror», como «revolución sin revolución» o sea como «revolución pasiva» para emplear una expresión de Cuoco en un sentido un poco distinto del que Cuoco quiere decir” (Gramsci, 1981-1999, C 1, §44, 106, tomo 1 y C 19, §24, 387, tomo 5).

¹³ Según el propio Gramsci: “una de las formas históricas” de la revolución pasiva (Gramsci, 1981-1999: C 8, §36, 235, tomo 3); “El transformismo como una forma de la revolución pasiva en el periodo de 1870 en adelante” (Gramsci, 1981-1999: C 10, &13, 137).

¹⁴ Aceptando e incorporando por lo tanto todas sus implicaciones teóricas. En efecto, en varios pasajes de los Cuadernos, *bonapartismo* y *cesarismo* aparecen como sinónimos. En relación con el desarrollo del concepto de *bonapartismo*, además de los textos clásicos de Marx y Engels, cfr. Volpi (1985). Señalo aquí que Trotsky, guardadas las diferencias de las perspectivas, tuvo un inquietud similar a la de Gramsci, sin desarrollarla, al reconocer una variante progresista de bonapartismo e interrogarse sobre la variable de la actividad-pasividad de las masas como criterio de definición, cuando definió bonapartismo “sui generis” al régimen de Lázaro Cárdenas en México en un texto de 1939 – pero publicado hasta 1946 – “La industria nacionalizada y la administración de los trabajadores” (Trotsky, 2013) y anteriormente en “Discusión sobre América Latina”, 4 de noviembre de 1938, <http://www.ceip.org.ar/Discusion-sobre-America-Latina-1>.



peramientos limitativos de la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar la fuerza regresiva. (Gramsci 1981-1999: C 13, §27, 65, tomo 5)

La distinción se hará más fina y compleja cuando Gramsci introduce los criterios “cualitativo” y “cuantitativo”, asumiendo que en algunos casos, del tipo Napoleón I, se da un “paso de un tipo de estado a otro tipo, un paso en el que las innovaciones fueron tantas y tales que representaron una completa transformación” mientras que en casos, como el de Napoleón III, se observa sólo una “evolución del mismo tipo, según una línea ininterrumpida” (Gramsci, 1981-1999, C 13, §27, 67, tomo 5).¹⁵ Por otra parte, cabe señalar que Gramsci, en una nota sobre el movimiento Dreyfus, habla también de cesarismo “reaccionario” y establece una distinción entre cesarismo *absoluta* y *relativamente* progresivo (Gramsci 1981-1999: C 14, &23, 116-117, tomo 5).¹⁶

El vínculo entre los conceptos de *revolución pasiva* y *cesarismo* es visible en varios puntos de contacto.¹⁷ Se trata de conceptos en los cuales se cruzan las mismas variables que responden al fondo de las preocupaciones políticas y teóricas de Gramsci, como reflejo de su marxismo crítico, donde estructura y acción son dos campos de reflexión entrecruzados de los cuales brotan hebras analíticas que van entrelazándose de forma no lineal en distintos momentos de su pensamiento pero confluyen, desembocan y culminan en una reflexión estratégica, orientada hacia el sujeto y la acción política.

¹⁵ En otros pasajes de los *Cuadernos* la idea de lo “históricamente progresivo” se define por cuanto “resuelve los problemas de la época” (Gramsci 1981-1999: C 13 &25, 64, tomo 5), aparece en un sentido similar en otra nota cuando se define lo regresivo por cuanto “tiende a comprimir las fuerzas vivas de la historia” (Gramsci 1981-1999: C 14, &34, 125, tomo 5).

¹⁶ “Del tipo Dreyfus encontramos otros movimientos histórico-políticos modernos, que ciertamente no son revoluciones, pero que no son completamente reacciones, al menos en el sentido de que también en el campo dominante rompen cristalizaciones estatales sofocantes e introducen en la vida del Estado y en las actividades sociales un personal distinto y más numeroso que el anterior: también estos movimientos pueden tener un contenido relativamente «progresivo» en cuanto indican que en la vieja sociedad eran latentes fuerzas operosas que los viejos dirigentes no supieron aprovechar, aunque sea «fuerzas marginales», pero no absolutamente progresivas, en cuanto no pueden «hacer época». Se hacen históricamente eficientes por la debilidad constructiva del adversario, no por una íntima fuerza propia, y entonces están ligadas a una situación determinada de equilibrio de la fuerzas en lucha, ambas incapaces en su propio campo de expresar una voluntad reconstructiva por sí mismas” (Gramsci 1981-1999: C 14, &23, 116, tomo 5).

¹⁷ Burgio sostiene que son categorías “gemelas” cuya diferencia fundamental es que el segundo no incluye la caracterización de los procesos de modernización y el primero no se basa en la relación entre jefe y masa (Burgio 2014: 267).



Si bien Gramsci se mueve entre distintos niveles de conceptualización – histórica, politológica y político-estratégica – las distinciones formales entre los conceptos no deben hacer perder de vista que la intención es totalizante, es decir articularia o, para usar una noción gramsciana, susceptible de *traducción*. Así que, si bien el de *revolución pasiva* nace en el terreno historiográfico, el de *cesarismo* al nivel de la ciencia política y el de *guerra de posición* parece más de orden político-estratégico, la cuestión de la hegemonía es el hilo conductor que los une, una conexión interpretativa respecto del pasado y del presente históricos y políticos que Gramsci asume como horizonte de visibilidad y de reflexión en términos de filosofía de la praxis. Es cierto que Gramsci señala explícitamente que la de *cesarismo* es una noción más teórica (“formal”, “geométrica”)¹⁸, que vale para distintas épocas, ligada a la teorización de la correlación de fuerzas y a la hipótesis del empuje catastrófico que, aparentemente, no supone como necesaria, a diferencia de las de *revolución pasiva* y *transformismo*, la existencia de una hegemonía, de una forma específica de la hegemonía. Si bien el historicismo del concepto de *revolución pasiva* lo aleja aparentemente del teoricismo del de *cesarismo*, al mismo tiempo, conforme el primero se generaliza a lo largo de los *Cuadernos* se vuelve más abstracto, más teórico y se acerca al segundo. Finalmente, aun concediendo la necesidad y la utilidad de mantener la distinción para fines de sutil lectura gramsciológica, desde una más elástica perspectiva gramsciana, su interconexión proporciona elementos para conectar interpretación histórica y teoría política en aras de forjar instrumentos de análisis de procesos concretos.¹⁹

Volviendo a centrarnos en el criterio de la pasividad y el principio de la subalternidad, un elemento característico del cesarismo es invocado directamente por Gramsci cuando señala que el “equilibrio catastrófico” puede ser el resultado de los límites orgánicos insuperables al interior de la clase dominante o de razones simplemente políticas momentáneas, que producen una crisis de la dominación, y no de una

¹⁸ “Por lo demás el cesarismo es una fórmula político-ideológica y no un canon de interpretación histórica” (Gramsci 1981-1999: C 13, §27, 65, tomo 4).

¹⁹ A nivel formal, más bien habría que señalar una diferencia: si en la definición de *revolución pasiva* los dos términos configuran dialécticamente la contradicción, en el caso del cesarismo Gramsci opta por otro formato de definición en donde la tensión dialéctica entre las tendencias se vierte en el adjetivo al abrirse como disyuntiva entre dos posibilidades.



maduración o fortalecimiento de las clases subalternas (Gramsci 1981-1999: C 13, §27, 67, tomo 5) lo cual evoca y se conecta lógicamente con el carácter “esporádico e inorgánico” de las luchas populares como elemento fundamental para el surgimiento de una revolución pasiva.

Por otra parte, la noción de *cesarismo* alude indirectamente a la pasividad ya que la emergencia y centralidad de una figura carismática – “gran personalidad heroica” dice Gramsci – cumple una función política específica en un contexto de empate catastrófico y, en particular, es susceptible de impulsar y viabilizar una *revolución pasiva* operando como factor de equilibrio entre clases, entre tendencias conservadoras y renovadoras y como factor de pasivización, en particular canalizando las demandas populares y asumiendo – por delegación – nominal y demagógicamente la representación de los intereses de las clases subalternas.²⁰ El cesarismo opera así cubriendo el vacío y reemplazando fuerzas o clases capaces de impulsar un proceso de modernización que, por sus características híbridas, termina coincidiendo con la ambigüedad de los contenidos de conservación-transformación (modernización conservadora) de la revolución pasiva y, en cuanto a las formas, pasiviza y subalterniza por medio de la delegación y la representación distorsionada propia del fenómeno carismático.²¹

En síntesis, el criterio de la *pasividad* nominalmente expresado en la fórmula de la *revolución pasiva* aparece implícitamente contenido en la lógica de la delegación carismática en el caso del cesarismo.

²⁰ Si bien el *cesarismo* es un concepto que Gramsci utiliza como sinónimo de *bonapartismo* hay que aclarar en qué medida ha sido inspirado por la lectura de Weber y Michels y su interés por la cuestión del *carisma*. Es evidente, no obstante, que se aleja de una acepción estrictamente personalista del concepto cuando sostiene que en la era de las organizaciones de masas (partidos y sindicatos), puede haber “solución cesarista sin César” – sin personalidad heroica – sino por medio de organizaciones y partidos de masas o vía parlamentaria o vía coaliciones y que más que militar el cesarismo tiende a ser policíaco, entendiendo por policía algo más que la represión, esto es un conjunto de mecanismos de control social y político (Gramsci, 1981-1999, C 9, §133, 102-103 tomo 4 y C 13, §27, 65-68, tomo 5).

²¹ Aun cuando, como señala Hernán Ouviaña en un comentario a este pasaje, hay que tomar en cuenta el valor positivo que con frecuencia cumple el carisma en términos de agregación y de proyección. Comparto y reproduzco su planteamiento, ya que contiene una sugerente hipótesis de trabajo: “en ciertas ocasiones implica que ese Príncipe Moderno no se encarne en instancias de organización colectiva, sino en personas ‘carismáticas’. Sí, creo que a contrapelo de lo que afirmó Gramsci en sus notas, ese Príncipe que unifique a las clases subalternas, en algunos procesos latinoamericanos, para bien o para mal, como dato de la realidad y no como anhelo o apuesta política, ha encarnado en sujetos concretos, no colectivos, como síntesis de proyectos colectivos. Esta es una de las aristas más problemáticas y menos profundizadas por Gramsci, que me parece importante ahondar desde una perspectiva neogramsciana”.



Pasando al otro lado de la fórmula, la conexión entre el concepto de *revolución pasiva* y el de *cesarismo* es evidente y explícita cuando Gramsci, tratando de aclarar la distinción progresivo-regresivo evoca el criterio de la “dialéctica «revolución-restauración»”, el mismo criterio de caracterización de la ambigüedad típica de las revoluciones pasivas. En este sentido, *progresivo* sería a *revolución* lo que es *regresivo* a *restauración*. La referencia a la dialéctica alude al procedimiento analítico que implica el reconocimiento de combinaciones desiguales de elementos progresivos y regresivos, al interior de las cuales es posible distinguir proporciones y medidas y concluir asignándole a un elemento el carácter determinante o dominante. Todo cesarismo sería, por lo tanto, simultáneamente progresivo y regresivo – y en efecto Gramsci menciona de paso la posibilidad de formas “intermedias” – aunque un elemento tendencialmente prevalezca y etiquete nominalmente al fenómeno.

Si bien toda revolución pasiva pasa por el tamiz de la tensión progresivo-regresivo, no todas recurren a la forma cesarista, siendo éste un dispositivo, un recurso posible y, hay que reconocerlo, tan recurrente y frecuente que termina sobreponiéndosele constantemente. Pero, para decirlo así, técnicamente, no toda revolución pasiva surge de un “equilibrio catastrófico” – la situación típica de surgimiento del *cesarismo* – aunque es evidente que trata de resolver un *impasse* en la relación de dominación, de evitar su trastrocamiento, de contener la acción de las clases subalternas, aun cuando ésta se presente en forma inorgánica y esporádica y por lo tanto quiere desempatar, evitar o prevenir una situación de equilibrio.

El matiz de distinción podemos encontrarlo con gran claridad en la página de Gramsci que reproduzco a continuación:

Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente, que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y de pequeño burgueses intelectuales) han pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. (...)

La clase tradicional dirigente, que tiene un numeroso personal adiestrado, cambia hombres y programas y reabsorbe el control que



se le estaba escapando con una celeridad mayor que la que poseen las clases subalternas; hace incluso sacrificios, se expone a un futuro oscuro con promesas demagógicas, pero conserva el poder, lo refuerza por el momento, y se sirve de él para aniquilar al adversario y dispersar a su personal de dirección, que no puede ser muy numeroso ni muy adiestrado. (...)

Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, sino la del jefe carismático, significa que existe un equilibrio estático (cuyos factores pueden ser dispares, pero en el que prevalece la inmadurez de las fuerzas progresistas), tiene la fuerza necesaria para la victoria y que incluso el grupo conservador tiene necesidad de un amo (cfr. *El 18 brumario de Luis Bonaparte*), (Gramsci 1981-1999: C 13, & 23, 52-53, tomo 5)

La revolución pasiva desempata, ofrece una solución orgánica al empate, mientras que el bonapartismo-cesarismo, cuando no es un dispositivo de la revolución pasiva, puede ser una fórmula de solución solo aparente y transitoria, surgida del empate y lo prolongarlo de forma efímera como equilibrio precario. En este sentido, por su naturaleza instrumental, así como en el caso del transformismo, – aún cuando suelen acompañar y operativizar a las revoluciones pasivas – puede haber cesarismos sin revolución pasiva, por ejemplo cuando en el caso de que rebase el perímetro externo de la versión regresiva: cesarismo contrarreformista.²²

Otra aspecto a señalar, en vista de la posibilidad de extender el uso del concepto para caracterizar fenómenos y procesos actuales, es que Gramsci marca una distancia entre los cesarismos del pasado y los del siglo XX cuando señala que estos últimos son “totalmente” diferentes por la imposibilidad de la fusión o unificación entre fuerzas ya irreme-

²² Sobre este punto resulta discutible y polémica otra conclusión de Burgio, quien asume que la noción de cesarismo, a diferencia de la de bonapartismo, no siempre es negativa sino que, en el pensamiento de Gramsci, se conecta con la idea emancipatoria del moderno príncipe entendido como cesarismo sin César, colectivo, democrático y progresivo (Burgio 2014: 282). Más bien, la idea del cesarismo visto como coalición da otra pista que confirma la conexión conceptual con revolución pasiva y que se trata del correlato formal ya que en la forma coalición o alianza se expresan los cruces entre el carácter progresivo y regresivo (revolución-conservación, etc.) en donde uno prevalece y le da su sello. La coalición sintetiza la contradicción y la resuelve aparentemente y temporalmente por medio de una solución de “compromiso” como lo demuestra, en los ejemplos de Gramsci que tendencialmente aparece una figura carismática o cumpliendo un papel arbitral.



diablenamente contrapuestas y cuyo antagonismo, subraya, se acentuaría con el advenimiento de formas cesaristas. Acto seguido, sugiere que siempre hay márgenes de manifestación de la forma cesarista, en particular en tanto exista “debilidad relativa de la fuerza progresiva antagonica, por la naturaleza y el modo de vida peculiar de ésta, debilidad que hay que mantener: por eso se ha dicho que el cesarismo moderno más que militar es policiaco. (Gramsci, 1981-1999, C 13, §27, 68, tomo 5). Una vez más, la dimensión subjetiva de la mano de la lógica de la correlación de fuerzas, donde la “debilidad que hay que mantener” implica pasivizar, subalternizar, restar fuerza antagonista a las clases subalternas.

Revoluciones pasivas progresivas y/o regresivas

Es difusa, tanto entre gramsciólogos como entre gramscianos, la idea de que el concepto de *revolución pasiva*, por su amplitud, se presta a un uso excesivamente elástico que se extiende a fenómenos muy diversos entre sí al punto de generar confusión y poner en discusión el valor analítico y explicativo del concepto mismo.

Sin embargo, existen pistas y caminos más o menos explorados que permiten delimitar su perímetro y precisar la amplitud del territorio socio-político que recubre.

Para empezar, como vimos, en un sentido general la noción de *revolución pasiva* no caracteriza todos los procesos de reconfiguración de la dominación burguesa, sino los que introducen elementos progresivos con la finalidad de transformar los términos de la relación mando-obediencia entre clases dominantes y clases subalternas para conservarla en su esencia jerárquica y en su contenido capitalista.

Por otro lado, en la terminología de Gramsci aparecen dos fronteras o límites: el ya mencionado límite *izquierdo* de la revolución activa y el límite *derecho* de la restauración o, como lo señala Coutinho²³, de la *contrarreforma* – un noción que Gramsci usa ocasionalmente –, donde forma y contenido del proceso-proyecto son inequívocamente regre-

²³ Carlos Nelson Coutinho 2007 “L’epoca neoliberale: rivoluzione passiva o controriforma?” en *Critica Marxista*, núm. 2, (Roma: Editori Riuniti).



sivos o reaccionarios (palabras que Gramsci usa frecuentemente como sinónimo). Dicho de otra manera, la *contrarreforma* y la *restauración* están a la extrema derecha de la revolución pasiva así como la revolución activa está a su extrema izquierda.

Así, la revolución pasiva, en una tipología de hipótesis y escenarios histórico-políticos, aparece como una alternativa progresista a la vía reaccionaria y un antídoto conservador a la vía revolucionaria desde abajo, frente al empuje – insuficiente pero significativo – de las clases subalternas.

Sin embargo, esta delimitación sigue dejando una paleta de distintos tonos grises que puede ser considerada demasiado amplia. Una solución gramsciana a este problema sería introducir la distinción entre *progresivo* y *regresivo* como criterio para distinguir dos tipos de revoluciones pasivas.

En esta dirección apunta Alberto Burgio cuando sostiene que el cesarismo “puede ser progresivo o regresivo, justo como una revolución pasiva” y refiere a una posible “comparación entre revoluciones pasivas progresivas e regresivas” (Burgio 2014: 264, 276). Lamentablemente Burgio no desarrolla ni sustenta estas afirmaciones sobre este delicado punto en relación con la lógica de la obra de Gramsci y particularmente fecundo en relación con su aplicación. Posiblemente la falta de interés en desplegar esta intuición por parte de Burgio se deba a que, exacerbando la anotación de Gramsci mencionada arriba, considera que no puede haber revoluciones pasivas progresivas después de 1870, sino que serán, así como los cesarismos, inexorablemente reaccionarios y defensivos (sea en sentido político como macrohistórico) por el carácter orgánico de la crisis y del conflicto (Burgio 2014: 279-280). En este sentido la distinción dejaría de tener interés en relación con los fenómenos actuales.

Al margen de esta discutible afirmación, podemos retomar el hilo del razonamiento abandonado por Burgio y argumentar en qué términos puede formularse y sostenerse esta distinción como criterio para el análisis de fenómenos contemporáneos.

Para Gramsci, como vimos, la progresividad sólo puede ser evaluada plenamente en retrospectiva, cuando se puede observar si se avanzó más o menos en la dirección del *progreso*, es decir de la victoria definitiva de las clases subalternas, proponiendo una versión socio-política



y subjetiva de la progresividad, muy lejana del paradigma del desarrollo de las fuerzas productivas. Por esta cualidad retrospectiva del concepto, a diferencia de su análisis sobre el siglo XIX, duda respecto del alcance histórico y del carácter de revoluciones pasivas del fascismo o del americanismo, porque no puede dar una respuesta concluyente sobre la época y, por lo tanto, evaluar el carácter progresivo o regresivo. Gramsci, en efecto, se pregunta si el americanismo alcanzará a marcar una época, es decir si alcanzará a tener un desarrollo del tipo de las “revoluciones pasivas” (Gramsci 1981-1999: C 22, &1, 61, tomo 6) así como se pregunta si el fascismo será la forma de la revolución pasiva del siglo XX como el liberalismo lo fue del XIX (Gramsci 1981-1999: C 8, &236, 334, tomo 3).

Si, como vimos, se trata de evaluar la dirección, la orientación, el “sentido histórico”, un cesarismo que impulse o inhiba, favorezca o desfavorezca un desenlace u otro, una fuerza socio-política u otra, un paso hacia la construcción de una hegemonía, lo cual, desde la óptica de las clases subalternas, no equivale estrictamente a una victoria política inmediata, al quiebre definitivo del “hacerse Estado”, sino que puede o debe incluir acumulaciones más o menos moleculares de mediano a largo plazo.

Un reformismo desmovilizador bajo la forma de una revolución pasiva busca neutralizar el potencial revolucionario activo, una re-subalternización que implica un retroceso, una regresión. Sin embargo, en la medida en que las reformas incluyen demandas desde abajo y en tanto que, como lo señala Gramsci, el antagonismo se volvió irreductible después de 1870, se trata de un proceso que desplaza hacia delante el conflicto y este desplazamiento es objetivamente progresivo por cuanto implica nuevos escenarios históricos en los cuales, no sólo no se disuelve el antagonismo, sino que se forjan subjetividades políticas correspondientes y a la altura de los desafíos de época.

Desde la lógica de la guerra de posiciones, no para establecer definiciones sino para sostener el argumento, podríamos simplificar de la siguiente manera: tiene un carácter progresivo o progresista todo proceso o proyecto de reformismo social que amplíe los márgenes de acumulación de fuerza política de las clases subalternas y no incluya medidas profundamente reaccionarias en el plano de las libertades políticas que las obstaculice. Mientras que son regresivos aquellos proyec-



tos o procesos que combinan reformas con altos niveles de represión o que, por medio de las reformas, buscan o logran interrumpir el proceso hacia la autonomía integral de los subalternos o que, para decirlo en términos más actuales, los desmovilicen.²⁴

Como puede verse, la cuestión de la conformación de la subjetividad política y el protagonismo de las clases subalternas se vuelve la variable central y discriminante en última instancia, dejando en segundo plano el tema de las reformas socio-económicas que aparece más bien como constante, una constante que, en efecto, atraviesa experiencias socio-políticamente tan diversas como el *New Deal* norteamericano y el fascismo italiano.

Conscientes de que estamos estirando del lado subjetivo y dejando voluntariamente de lado el aspecto estructural de la acepción de progreso de Gramsci, hay que reconocer y poner de relieve que para el marxista italiano lo progresivo está relacionado con la victoria política y no solo, o no tanto, con el desarrollo de las fuerzas productivas, con la disminución de la distancia entre clases subalternas y el poder, una distancia que se puede cubrir sólo con una construcción subjetiva, de activación de las masas, de construcción de conciencia, que arranca de la subalternidad, pasa por el antagonismo y la autonomía y desemboca en la hegemonía. La medida última es entonces subjetiva, relacionada a la acción política, antitética a la pasividad y la subalternidad. Una constante que atraviesa la obra de Gramsci, caracteriza el concepto de *revolución pasiva* y que, por lo tanto, debería precisar su alcance y orientar su uso.

Bibliografía citada

- Buci-Glucksmann, Christine 1979 "State, transition and passive revolution" in *Gramsci and Marxist theory*, (London-Boston Routledge & Kegan).
- Burgio, Alberto 2007 *Per Gramsci. Crisi e potenza del moderno* (Roma: DeriveApprodi).

²⁴ Aquí se abre la pregunta por si todas las reformas sociales son conquistas y pueden contabilizarse como saldo positivo de la lucha de clase, son concesiones que renegocian la subordinación y la desmovilización o son estrictamente reajustes de los patrones o modelos de acumulación. Aunque la respuesta apunta a una combinación, su distinta composición corresponderá a la predominancia de un elemento y de una orientación del proceso.



- Burgio, Alberto 2014, *Gramsci. Il sistema in movimento*, (Roma: DeriveApprodi).
- Coutinho, Carlos Nelson 2007 "L'epoca neoliberale: rivoluzione passiva o controriforma?" en *Critica Marxista*, núm. 2, (Roma: Editori Riuniti).
- De Felice, Franco 1988 "Revolución pasiva, fascismo, americanismo en Gramsci" en Dora Kanoussi y Javier Mena (comps.) *Filosofía y política en el pensamiento de Gramsci* (México: Ediciones de Cultura Popular).
- Gramsci, Antonio 1981-1999 *Cuadernos de la Cárcel* (México: ERA) 6 tomos.
- Liguori, Guido y Pasquale Voza (comps.) 2009 *Dizionario Gramsciano (1926-1937)* (Roma: Carocci).
- Mena, Javier 2011 "Sul concetto di rivoluzione passiva" en Dora Kanoussi, Giancarlo Schirru y Giuseppe Vacca, *Studi gramsciani nel mondo. Gramsci in America Latina* (Boloña: Il Mulino-Fondazione Istituto Gramsci).
- Voza, Pasquale 2004 "Rivoluzione passiva" en Fabio Frosini y Guido Liguori *Le parole di Gramsci* (Roma: Carocci).
- Mangoni, Luisa 1987, "La genesi delle categorie storico-politiche nei "Quaderni del carcere" en *Studi Storici*, Año 28, No. 3, Jul. - Sep. 1987, (Roma: Fondazione Istituto Gramsci)
- Thomas, Peter 2009, *The Gramscian Moment. Philosophy, hegemony and Marxism* (Leiden-Boston: Brill)
- Trotsky, León 2013, *Escritos Latinoamericanos*, IPS, México.
- Volpi, Mauro 1985, "El bonapartismo: historia, análisis, teoría" en *Criticas de la Economía Política* núm. 24/25, (México: El Caballito).

